



Prólogo del deseo

La arquitectura instaurada como la única real y posible por obra del poder y de la falta de Contestación ha impuesto su trama de valores como discurso represor, inhibidor: deslegitima a priori lo que se esté pensando de distinto y censura que se lo diga.

La primera acción liberadora es, entonces, atreverse a decir lo que se está pensando, romper el pacto de silencio, desmentir. Disentir aunque con ello se incurra en el sacrilegio, en la ofensa a las deidades investidas con los atributos del bien general, la cultura y el progreso.

Aceptar que lo que estamos deseando es válido.

Pensar a contrapelo. Darle voz al deseo y volverlo convicción.

Pues es concebible otra cultura arquitectónica, expresión de un ideal que la ocupación oficial del espacio ha frustrado; una cultura arquitectónica en estado de latencia, sólo manifiesta en los gestos y el mirar de un sujeto disconforme y capaz de imaginar otro paisaje. Y realizarlo.

I. Una arquitectura necesaria

*Una arquitectura sumisa, fiel a su misión.
Sensible a los comportamientos de sus huéspedes.
Respuesta exacta a las necesidades de su morador,
a la calidad y riqueza de sus carencias.
Expresión de su habitar.
Del espaciarse y construirse su experiencia corporal y espiritual.
Una arquitectura saturada de determinaciones.
Sobrecondicionada.
No gratuita. No arbitraria. No aleatoria. No contingente.
Necesaria, objetiva, inevitablemente así.
Una arquitectura sin proyecto propio.
Todo menos autosuficiente.
Una arquitectura no artística.
Mero efecto arquitectónico de la vida.
Si es que la vida es más que el arte.*

III. Una arquitectura callada

*Una arquitectura que no es objeto de contemplación.
No pictórica, no escultórica, no arquitectónica.
No hecha para ser leída.
Ni siquiera para ser vista.
Una arquitectura sin narraciones, ni metáforas.
Sin metalenguajes.
Ni retóricas.
Pero con la elocuencia de lo inefable:
serena y contundente.
Una arquitectura que, allí donde no tiene nada que decir, calla.
Una arquitectura inadvertida.
Una arquitectura sin ideas, sin palabras.
Hecha sólo de hechos.
Una arquitectura callada.
De estruendoso silencio.*

II. Una arquitectura pura

*Una arquitectura que no es excusa para otra cosa.
Sin segundas intenciones.
Sin valores agregados.
Sólo con valores propios.
Una arquitectura primaria, primera, directa.
Una arquitectura que sólo se imita a sí misma.
Una arquitectura sustantiva, sin adjetivaciones.
Una arquitectura sin alardes, sin audacias, sin ingenios, sin inventos.

Sin maniobras superfluas ni ocurrencias.
Sin tics. Sin muecas. Sin gesticulaciones.
Privada de amaneramientos
y de cualquier otro gesto de mediocridad.
Más allá de lo banal.
Una arquitectura humilde y poderosa.
Franca.
Limpia.
Una arquitectura pura.
Una sorprendente arquitectura sin sorpresas.*

IV. Una arquitectura anónima

*Una arquitectura que no es el discurso de nadie:
sin mensaje ni manifiesto.
Despersonalizada. Anónima.
Que no es medio de expresión de nadie.
Sin firma expresa ni latente.
Una arquitectura sin protagonista.
Sin pretensiones ni impertinencias.
Sin afanes ni búsquedas. Sólo con hallazgos.
Sin inquietudes. Lejanísima de toda crispación.
Una arquitectura sin autor, sin subjetividades.
Obra de un sujeto genérico.
Hecha por individuos cultos, es decir capaces de olvidarse de sí mismos.

Hombres sin ambiciones miserables.
Sólo movidos por la gran ambición de ser eternos; es decir, sin nombre.

Como aquel que hace milenios dejó pintada, en aquella caverna,
su mano masculina, joven e inquietamente actual.*

V. Una arquitectura repetida

Una arquitectura como siempre.
Privada de toda novedad.
Típica. Nada original.
Ni acontecimiento, ni eventualidad, ni anécdota.
Sin vocación de singularidad ni ninguna aspiración vulgar.
Una arquitectura solidaria con su especie: una de tantas.
Repetida, recreada; pero no serial, no clónica.
Igual e inconfundible como un roble.
Una arquitectura internalizada.
Vuelta hábito, reflejo.
Una arquitectura costumbre.
Una arquitectura ya hecha, ya usada.
Ya dicha.
Una arquitectura hecha de verbos.
Obvia como un entrar, como un subir, como un pasar.
Obvia como un salir, como un asomarse.
Despierta como una mañana.
Serena como un dormir.

VII. Una arquitectura natural

Una arquitectura sin cliente ni arquitecto.
Sin plan, sin proyecto, sin premeditación.
Fruto del instinto y sus razones.
Como el nido del pájaro.
Una arquitectura que se plasma en el acto de habitar.
Una arquitectura entrelazada con la vida.
Extracuerpo, utillaje, herramienta.
Hábitat.
Barca terrestre.
Una arquitectura orgánica.
Una arquitectura como el cuerpo humano.
Antropológica. Biológica. Geológica.
Una arquitectura lógica.
Implacable y dócil como la naturaleza.

IX. Una arquitectura poética

Una arquitectura de serena y profunda belleza.
Una arquitectura transparente y misteriosa.
Como el poema.
Que revela el sentido con la energía liberada por la forma.
Y que lo encubre tras el brillo deslumbrante de lo obvio.
Una arquitectura poética.
Humana y natural al mismo tiempo.
Piedra y sentido.
Testimonio asombroso del estar en este mundo.
Y asombrado testigo.
Una arquitectura cósmica.
De sol, materia y vida.
Como el cuerpo humano: actual y milenario.
Última manifestación de la experiencia de habitar el planeta.

VI. Una arquitectura genérica

Una arquitectura herencia.
Identidad genérica.
Tribal.
Como una aldea.
Convencional como el lenguaje.
Como el lenguaje natural.
Una arquitectura idioma.
Un idioma habitacional.
Código eterno y mensaje de hoy.
Como el sabor de la comida.
Como el aroma del pan: antiquísimo y fresco.
Como los nombres propios: siempre comunes.
Como una copla: de todos y mía.
Como la música.
Una arquitectura musical.
Canon.

VIII. Una arquitectura duradera

Una arquitectura segura de sí, estable, equilibrada.
Una arquitectura clásica: vital y duradera.
Sencilla, clara; que no es superficial.
De alegría perdurable, renovada.
Una arquitectura alusiva, intensa.
Que al perdurar crece en sentido, se añeja y perfecciona.
Una arquitectura que no reniega del tiempo.
Ni le teme.
Que ha aprendido a transcurrir sin miedo.
Una arquitectura sin día de nacimiento ni fecha de caducidad.
Sin plazos, sin urgencias.
Sin compromisos con los fantasmas de la actualidad.
Libre de pactos suicidas con lo efímero.
Una arquitectura eterna.
Actualizada por cada morador.
Pero superviviente a todos.
Heredable.
Obra maestra de aquel anónimo primero.

X. Una arquitectura culta

La huella de un individuo armónico.
Que se construye a sí mismo.
Como miembro de una cultura.
Un individuo que, en el acto de respetarse, respeta a su género.
Una arquitectura como acto de madurez ética y estética.
Que conoce lo principal:
que el sentido es efecto de la concentración
y que toda forma de dispersión es vana.
Una arquitectura sabia, prudente.
Que brota sin violencia.
Que sabe que toda agresión a la materia es bárbara.
Una arquitectura culta.
Es decir, que sabe renunciar en honor a sus ambiciones.

**Tal arquitectura,
es esencial a la vida,
aunque fuera imposible
es urgente.**